

¿Hacia dónde vamos y qué somos?

Es cierto que siempre he amado las letras, cuando digo las letras es “abc”, el abecedario y las maravillosas palabras que se forman con las mismas. Palabras que explican el principio, el final, y el fin de la humanidad, si uno es lo suficientemente curioso como para rastrear sus etimologías. Debido a esta debilidad, en un punto en mi vida, que de pronto parece muy distante, me matriculé en el departamento de Estudios Hispánicos en la UPR con el fin de obtener un doctorado en literatura, noble tarea que aborté para estudiar derecho. Incursione en esta otra disciplina más que por amor a la misma, por la pasión hacia la palabras y, he de admitir, que por una idea quimérica de la justicia.

Las palabras, son el vehículo de expresión en ambos campos, aunque en la literatura lo maravilloso es el arte nobel de organizar los vocablos, los sonidos, las rimas, la secuencia reveladora y misteriosa de las oraciones, descubrir los símbolos reales y subyacentes, contrario a la restricción de la apabullante lógica, necesaria al verbo en la expresión del derecho, junto a la imperativa citación de la jurisprudencia pertinente para un alegato convincente o para un argumento exitoso ante un augusto juez. Hago esta aseveración para diferenciar un tipo de escrito del otro, pues como dijo la crítica Carmen Dolores Hernández en algún artículo de ella que leí en algún momento, en algún sitio, no hace tanto tiempo, la literatura en su optima acepción, es un arte y precisamente esa es la gracia del proceso, que es mágico y aunque la escritora Mayra Santos Febres me enseñó a bosquejar una novela, que parece un proceso lógico, parecido al del derecho, la creación de una novela, a mi parecer, sigue siendo mágica, pues por más que el escritor insista en releer y analizar cómo se llevó a cabo su creación, no lo entiende, como dice Gastón, el artista, personaje de ENTRETELAS.

Pero señores eso no es lo único inherente al arte de escribir. Aún más complejo es la valentía que implica el acto, una valentía similar al del personaje de Lucia en la novela. Escribir implica sacudirse del miedo, desafiar la vida y aceptar la provocación de lo novedoso. Es la desnudez y la franqueza inexplicable en la que se encuentra el que intenta contar un cuento que en cierta medida le resulta amenazante, pues el artista está escribiendo desde un centro donde no hay censor y el resultado final, si es que tiene una apariencia de coherencia, es una incógnita, y por ende capaz de insultar a algunos, de mover a pocos y esperanzadoramente de conmover a la mayoría que se moleste en leer el texto. ¿Por qué hablo de conmover como el elemento esencial?

Es en la desesperada búsqueda de esta sociedad de lograr un orden, quizás inalcanzable entre los seres humanos, que surge la cantidad de legislación que existe no solo en PR sino en Estados Unidos, más notable en la isla por nuestro tamaño. El exceso de leyes llega al punto de que la diversión, o la mera locura pasajera por la euforia que sea del momento, se han convertido en una imposibilidad. La Juez Miriam Naveira dice que “se ha criminalizado la vida”. La llamada civilización ha optado por adiestrarnos del mismo modo en que se entrenan los perros, se les pone una cadena al cuello y se llevan a pasear dándole palabras que son mandatos *sine qua non*, *seat*, *walk*, *stop*, sino obedece se le priva de comida. Al humano si no obedece se le castiga de la formas más severas, nos multan o nos privan de la libertad por unos periodos larguissimiisimos, y la ley está estructurada de una forma que ni siquiera el accidente o el joven haciendo sus pinitos está exento. Tal parece que nos hemos olvidado de que los seres humanos tenemos los pies de chocolate y de que la compasión no es para un grupo selecto. Dada esta realidad existencial la literatura, o más bien el arte, es el único método que tiene el hombre común, el lector en este caso, de dejar el espíritu volar, de soltarse el moño, y en complicidad con el escrito escogido atreverse a explayar nuestra humanidad, que es precisamente a desplegar nuestra habilidad de congobernarnos, de llorar, gritar, rabiarnos, ofendernos, identificarnos, crecer y hasta de matar poéticamente y así experimentar lo que es violar la ley sin consecuencias sociales. Quizás ese es el llamado del escritor, quizás es por esta necesidad existencial que uno escribe, para rebelarse a través

de su creación en lo que se ha convertido la vida y buscar aliados en el lector, que se incorporen a su sentir. De recoger acólitos que estén dispuestos a una revolución, aunque sea pasiva o hasta simbólica.

Creo en la literatura como ente de cambio y esperanza, como fuente de idealismo y de búsqueda de un mundo mejor, tengo fe en la humanidad y en su capacidad de transformarse a través de lo bello, en vez de por el garrote de la ley, creo en las semillas de mutabilidad que planta cada artista con su obra, irreprimible legalmente por su carácter personalísimo por su proveniencia espiritual y quizás mística. Creo en proyectos como el Festival de la Palabra y San Juan es Ley y en nuestra cultura expresada a través de las fiestas pueblerinas, tales como la de San Sebastián, evocadas y odiadas como un jolgorio capitalino, pero que permiten al puertorriqueño y sobre todo a la juventud expresarse por un fin de semana de los 365 días del año. Tengo esperanza de que mi novela ENTRETRELAS, les entretenga, y los conmueva a sentir algo nuevo, sin importar lo que sea y que por ese espacio en que se encuentren atrapados entre las telas de la imaginación se atrevan a abandonar el miedo y a flotar.

Antes de despedirme tengo que aclarar que esta idea de que el arte es el último bastión de la libertad, no es particularmente original. Desde Balzac, pasando por James Joyce hasta Roland Barthes este asunto ha sido materia de discurso y hoy aquí lo comparto con ustedes a mi manera criolla, propulsando en que en nuestro país se honre al artista lo cual implica a su vez honrar nuestra historia de más de quinientos años, nuestra identidad en todas sus acepciones. Aclarando para todo aquel que pueda tener dudas de que es menester un renacimiento de nuestro humanismo, que ello no implica de forma alguna el abandono de ideales políticos tales como el anexionismo, pero añadiendo que dicho anexionismo tampoco es sano, ni viable, mientras no amemos, entendamos y promovamos lo que somos: puertorriqueños.